

RAFAEL SEGOVIA

LA POLITIZACIÓN
DEL NIÑO MEXICANO



El Colegio de México

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	1
<i>Advertencia sobre el método utilizado</i>	5
I. EL INTERÉS POR LA POLÍTICA	11
II. LOS QUE SABEN Y LOS QUE NO SABEN: LA INFORMACIÓN POLÍTICA	25
La jerarquía de la información	26
La escuela como centro de información	32
Niños y niñas	34
La edad	35
Las entidades federativas	36
Los padres	39
Las escuelas	41
III. EL PRESIDENTE, EL ORDEN Y LA LEY	47
La función presidencial	49
Sumisión y resistencia a la ley	52
La valoración del Presidente	55
Los diputados	57
IV. LA PARTICIPACIÓN FUTURA: PARTIDOS, SINDICATOS Y VOTO	61
Las funciones del partido	61
Los partidos en el sistema político mexicano	63
Los niños y los partidos	65
Niños y sindicatos	72
Simpatía y hostilidad hacia los sindicatos	73
La influencia del paternalismo	75
El deseo de participar	77

V. SÍMBOLOS Y MITOS DEL NACIONALISMO	85
Los símbolos y mitos del nacionalismo	85
El nacionalismo mexicano	87
Héroes y nacionalismo	89
La Revolución Mexicana	94
La visión del propio país	98
La visión del mundo exterior	104
VI. LA JERARQUÍA DE LA INFLUENCIA	111
Escuela e influencia	112
Niños y niñas	114
La ocupación del padre	115
La edad	118
VII. AUTORITARISMO Y DEMOCRACIA: LA PERCEPCIÓN SUBJETIVA DEL PODER	121
VIII. ASPIRACIONES SOCIALES, SISTEMA ECONÓMICO Y TECNOCRACIA	131
<i>Conclusiones</i>	141
<i>Apéndice: Cuestionario sobre actitudes cívicas infantiles</i>	155

PRÓLOGO

EMPRENDER UNA INVESTIGACIÓN sobre las actitudes políticas de los escolares mexicanos respondió, como sucede casi siempre en este tipo de trabajos, a razones de muy distinta naturaleza. La más importante fue la existencia de modelos, o sea, de investigaciones que tanto por la novedad de los temas tratados como por la originalidad de la metodología y de los resultados logrados, incitaban a seguir en ese camino. Es claro que en el curso de la investigación las necesidades de ésta fueron imponiéndose hasta desfigurar y transformar los modelos iniciales. Es obligatorio, de todos modos, reconocer la obra de quienes abrieron un nuevo campo de la política a la curiosidad de los investigadores.

Lo cotidiano tiene, a su vez, un peso decisivo, puesto que nadie se escapa de la realidad cotidiana, o, por usar una palabra quizás más precisa, de su coyuntura. En ese sentido este trabajo intenta ser una explicación, parcial desde luego, de un mundo observado no sólo a través de una encuesta o de una literatura más o menos especializada, sino que en él se refleja la cultura de la que participan observadores y observados. La crisis política de 1968 estuvo por ello en la raíz misma de esta investigación, tanto por tratarse de un acontecimiento decisivo para el sistema político mexicano, como por tratarse de un fenómeno en el que los actores eran en gran medida nuevos en la vida política mexicana o, al menos, no habían participado en ella de manera manifiesta. La crisis de 1968 planteaba, además, un problema que sin ser de una novedad absoluta, se colocaba en el primer plano. ¿Se estaba frente a una crisis de legitimidad de un *régimen* político o bien la crisis tenía una extensión y una profundidad tales que se trataba de una crisis de legitimidad de todo el *sistema* político? Si se intentaba estudiar el proceso de socialización de los niños mexicanos, lo coyuntural, las opiniones debían ser cuidadosamente evitadas, y con ello todo cuanto 1968 había manifestado. De hecho no hay estudio de actitudes políticas infantiles ajeno a este tipo de contaminaciones. La única manera de averiguar

hasta qué grado se logró evitar la presencia de los acontecimientos políticos del 68 sería al repetir la encuesta.

Este trabajo sitúa al sistema político mexicano entre los sistemas autoritarios. Un sistema político sólo perdura si logra mantener una identidad entre sus metas y estructuras por un lado y los procesos socializadores por el otro. La ausencia de conflictos insolubles entre instituciones y metas políticas origina la legitimidad. Un problema esencial resulta, pues, averiguar cómo se crea la legitimidad. Ningún régimen ni sistema tiene una legitimidad original, y sólo en la medida en que los procesos socializadores controlados o creados por el Estado van imponiéndose va apareciendo la legitimidad. No es necesaria la uniformidad, ni la igualdad absoluta de los comportamientos, ni la homogeneidad de los sistemas de creencias; los distintos grupos sociales pueden tener visiones diferentes —y comportamientos también diferentes— frente al sistema político sin enfrentarse por ello a sus pautas de autoridad. Dicho de otra manera, las subculturas políticas pueden existir dentro de una cultura política nacional, que las engloba y articula. De producirse estas subculturas en un sistema político autoritario, los grados de libertad concedidos a las subculturas serán menores que los concedidos por un sistema democrático, pero mayores que los otorgados por los sistemas totalitarios. La vigilancia del Estado sobre la educación puede ser uno de los indicadores más precisos para conocer la naturaleza del sistema, del régimen o del gobierno. Los peores conflictos, quizá los únicos que pusieron realmente en peligro la vida de los gobiernos revolucionarios, se originaron en las decisiones en materia de educación y el artículo 3º ha sido conflictivo a un punto tal que no sólo ha sido reformado radicalmente en varias ocasiones, sino que a través de sus distintas redacciones se puede leer la naturaleza de los gobiernos que lo promulgaron. Entre un presidente Calles que abiertamente manifestaba querer apoderarse del alma de los niños para la Revolución y la situación actual de la enseñanza en México median cincuenta años de desarrollo económico, social, cultural y político, que se han traducido en un pluralismo económico, social, cultural y político a quien el Estado ha reconocido y ha concedido parcialmente su papel de agente socializador fundamental.

No hay Estado que, de una u otra manera, no limite la libertad de sus ciudadanos, aunque sea de manera constitucional, y con ello lograr su supervivencia y el mantenimiento del equilibrio de los factores políticos. Se impone, pues, un conjunto de normas que en ningún caso pueden ser transgredidas sin enfrentarse la sanción. Los elementos coercitivos tendrían un valor muy aleatorio de no estar apoyados en una

socialización permanente de todos los sometidos a un Estado determinado. La aceptación voluntaria de los límites, la interiorización de las normas no es sino el resultado de un proceso de aprendizaje político llamado socialización.

Cómo, cuándo y dónde se origina esta conducta ha sido estudiado hasta ahora a través de un número limitado de variables —la familia, la escuela, el grupo de iguales, los medios de comunicación de masas, quizás por ser estos agentes los más fáciles de observar. De poderse estudiar simultáneamente el agente socializador y el ente socializado, es decir, la causa y el resultado, se podrían alcanzar conclusiones muy superiores a las aquí logradas donde sólo se presenta una cara de la moneda: lo que los niños piensan sobre su mundo político. Investigar las actitudes políticas de sus padres, maestros, amigos, saber cómo funcionan los mecanismos de transmisión de las actitudes, hubiera exigido medios que no estaban al alcance de la mano. Los agentes socializadores tienen pues perfiles imprecisos —los dibujados por los propios encuestados— como impreciso es también el medio ambiente, el entorno —el *environment*— donde se da la cultura política que, en resumidas cuentas, va a ser el agente decisivo de todo el proceso, pues resume y expresa a todos los demás. Lo que en este trabajo se ofrece no es pues sino una serie de rasgos de la cultura política mexicana transmitida a los escolares a través de sus padres, de la escuela, de los amigos, de los medios de comunicación y, además, se intenta saber cómo los niños, en la relativa pluralidad donde se les encerró —las categorías—, ven su porvenir y cómo lo aceptan o rechazan.

La escuela revolucionaria, de acuerdo con lo que pudo observarse, cumplió su papel casi a la perfección: los niños mexicanos que tenían la posibilidad de frecuentar una escuela a fines de 1969, o sea, en el momento de la encuesta, estaban bien socializados: su respuesta está adecuada a lo que de ellos se espera, la relación niño-sociedad no presenta demasiadas asperezas, la adaptación es diferencial, los papeles correspondientes a cada grupo son tan bien cumplidos que pudiera incluso haber sospechas de estar ante respuestas más extraídas por la normatividad de la escuela que por la espontaneidad que, en principio, debe evocar un cuestionario. Queda de todos modos el preguntarse si el hecho de que una pregunta acarree una respuesta “esperada”, reveladora de un proceso de socialización deseado, conformista, no revela a su vez el que los agentes de la socialización, han logrado la meta que se propusieron. En este sentido queda abierta una posibilidad de interpretación más, ajena desde luego a la ofrecida en este libro.